

PRESENTACIÓN AL LIBRO *CHOICE OF LAW AND MULTISTATE JUSTICE* DEL PROFESOR FRIEDRICH K. JUENGER

Bárbara Juenger

Ilustres damas y caballeros, queridos amigos:

Me alegro muchísimo de poder estar con ustedes esta tarde. Es un honor y un consuelo tener la oportunidad de hablar un poco acerca del autor Friedrich K. Juenger, Fritz, cuyo último libro apareció en español gracias al enorme esfuerzo de muchas personas aquí presentes. Sobre todo, agradezco la presencia de mi amigo de muchos años, el doctor Leonel Pereznieta Castro, quien sugirió esta aventura literaria; sin su apoyo, ni siquiera me hubiera atrevido a tener este sueño. A mi distinguida amiga, la doctora Loretta Ahlfs Ortiz, quien supervisó el nacimiento del libro, que ahora forma parte de la familia de libros publicados por la casa editorial Porrúa, cuyas publicaciones ya adquiría en los años sesenta, en Barcelona; sobre todo sus obras etimológicas y sus diccionarios clásicos. Gracias por haber corrido el riesgo de publicar este libro.

Lamentablemente, se encuentran ausentes los traductores, quienes también son mis amigos, los doctores Cecilia Fresnedo de Aguirre –de Uruguay– y Diego Fernández Arroyo –de Argentina–, cuyos trabajos y compromisos no les permitieron llegar a México en esta fecha. Pero se encuentra presente el doctor Miguel Rábago Dorbecker, quien, con su paciencia de santo, corrigió el manuscrito.

A todos ustedes, y a las muchas personas que no conozco y que contribuyeron al éxito de esta aventura, les agradezco su valor, su empuje, su paciencia y sobre todo su lealtad en los momentos difíciles. Gracias.

Si me permiten, me gustaría hablar un poco de la persona que era Fritz, sin repetir los detalles biográficos que ya conocen. Quiero pintar un retrato más personal.

Fritz nació en el año 1930 en Frankfurt, Alemania, durante un periodo político extremadamente difícil. A la edad de 13 años perdió a sus padres en un bombardeo. Él sobrevivió porque salió de la casa al oír los aviones, y se sumergió en una fuente llena de agua glacial, escapando así de las quemaduras que causan las bombas. A los 15 años, dos semanas antes de terminar la Segunda Guerra Mundial, siendo huérfano y viviendo con su tío en un pequeño pueblo cerca de Frankfurt, el ejército alemán reclutó jóvenes, pues ya no quedaban hombres adultos. Así es que se convirtió en soldado contra su voluntad, y el resto de su vida fue un pacifista feroz.

La vida era difícil después del armisticio. No había nada: el país derrotado, las casas destruidas, la tremenda escasez de comestibles y de cualquier otro producto, desde los zapatos hasta el carbón para calentar. Sin embargo, o tal vez a causa de lo vivido, dedujo que lo único que podía asegurarle un futuro deseable era una buena educación universitaria. No tenía la menor intención de ser abogado; le encantaba la química, pero resultaba que la carrera en Química era un año más larga que la carrera en Derecho. Como le faltaba el respaldo financiero, se inscribió en la Facultad de Derecho y se graduó.

Afortunadamente, consiguió una beca Fulbright que le permitió estudiar un año en la Universidad de Michigan, en Ann Arbor, y recibió su diploma de LLM. La vida en los Estados Unidos y las oportunidades que se ofrecieron le motivaron a inmigrar. Tuvo algunas complicaciones. Para poder ejercer su profesión de abogado tenía que hacer los estudios de base; el LLM no era suficiente. Le aceptó la Columbia University, en Nueva York, ofreciéndole una oportunidad que le convenía: un plan de estudios de solamente dos años en vez de los tres que hay que estudiar normalmente, siempre y cuando obtuviera buenas calificaciones.

Como todavía le faltaba el apoyo financiero, aceptó un empleo de velador en una empresa industrial, ubicada lejos de su casa, pero donde no había muchas interrupciones, por lo que tenía tiempo de estudiar durante las largas noches. Sacó las calificaciones necesarias. Esta vida dura explica un poco por qué Fritz siempre ayudaba a los estudiantes y colegas jóvenes que pedían un consejo, algún contacto profesional o un empleo. Nunca se olvidó de los obstáculos que tuvo que superar para realizar su sueño. Siempre fue un hombre de rigor, pero con humildad y sobre todo con un gran sentido del humor.

No es de sorprender que escogiera como materia el derecho internacional privado y comparado, ya que vivía en dos continentes y tenía mucha curiosidad respecto a otras culturas. Pero lo que más le interesaba era la justicia, simplemente la justicia. Miraba el caso, establecía cuál era la solución más justa, y después buscaba el camino para llegar al resultado deseado. Esta ideología le causaba problemas en la práctica: como abogado uno no puede escoger a sus clientes, y Fritz muchas veces tuvo que representar a un individuo o a una empresa que, según él, no merecía ganar.

Este hecho fue el motivo principal por el que decidió dejar la abogacía y optó por dirigirse hacia la enseñanza y la investigación. Un día me preguntó si yo aceptaría que ganara un tercio de su salario actual. Yo, encantada, ya contaba los meses de vacaciones y los años sabáticos. Así empezó su carrera académica.

Las primeras vacaciones las pasamos en México, el verano de 1967. Al final de los tres meses de vacaciones nos casamos en esta misma ciudad, el 15 de septiembre –¡vean qué patrióticos!–. No puedo ni contar las muchas veces que regresamos a este lindo país. Nuestro primer hijo nació en el hospital ABC, en 1971, y es ciudadano mexicano.

Fritz asistía sin falta a los seminarios de la Academia de Derecho Internacional Privado y Comparado. Le interesaban los nuevos desarrollos jurídicos y las opiniones de sus colegas; pero, en realidad, venía a abrazar a sus amigos. Y yo abro mis brazos para abrazarles a ustedes, agradeciéndoles desde el fondo de mi corazón.

Gracias